

Elites, monocultivo y políticas públicas en la región pampeana (1960 y 2000)

Luis Ernesto Blacha
CONICET/CEAR-UNQ
Buenos Aires - Argentina
Email address: luisblacha@gmail.com

Contemp. Sociol. Glob. Rev. 5(5): 47-56 (2015)
ID: *csg00029*
doi: 10.6041.840/s2027-7431.38134x

Available Online at



Copyright © 2011-2015 Syllaba Press International Inc. ® All rights reserved.

E-mails Alerts

To receive free email alerts when new articles cite this article - sing up in the box at the top right corner of the article, see:
<http://www.ejournals.syllabapress.com/ealerts.html>

Rights & Permissions

To reproduce this article in part (figures, tables) or in entirety, see:
<http://www.ejournals.syllabapress.com/rightperm.html>

Reprints

To order reprints, see:
<http://www.ejournals.syllabapress.com/reprints.html>



Elites, monocultivo y políticas públicas en la región pampeana (1960 y 2000)

Elites, monoculture and public policies in the Pampas (1960 and 2000)

Alejandra de Arce

CONICET - Centro de Estudios de la Argentina Rural.

Keywords

Elites, Power, State, Agro.

Palabras clave

Elites, Poder, Estado, Agro.

Abstract

The land is not only an important political and economic resource in Argentina but also a part of the foundation of social order. Its possession and use is influenced by public policies. Since 1970 the agricultural landowners are differentiated from whom possess knowledge, technology and capital in agrarian Argentina. The consequences of this splitting meant important and complex transformations that define social practices associated with (the pampas) agriculture. They also impact in the policy-making, questioning and re-signifying these actors and their roles. From the 90s, Direct Seeding promoted the expansion and consolidation of soybean in Argentina. This paper proposal is to analyze from a sociological approach -combining classical and contemporary perspectives- the impact of the unfolding of the agrarian social subject in rural elites, every time that public policy and government actions are based on these transformations and therefore, are modified. Copyright © Syllaba Press International Inc. 2011-2015. © All rights reserved.

Resumen

La tierra es un importante recurso político-económico en la Argentina y parte del fundamento del orden social. Su posesión y utilización está influida por las políticas públicas. En 1970 el desdoblamiento del sujeto agrario pampeano diferencia a los dueños de la tierra de quienes poseen el conocimiento, la tecnología y el capital. Son transformaciones con importantes y complejas consecuencias, que delimitan las prácticas sociales vinculadas a la agricultura -esencialmente pampeana- e impactan en las políticas públicas, interpelando a estos actores y resignificando sus funciones. La siembra directa, a partir de la década del '90, impulsará la expansión y consolidación de una Argentina sojera. Desde un abordaje sociológico, que combina perspectivas clásicas y contemporáneas, la propuesta es interrogarse sobre el impacto que el desdoblamiento del sujeto social agrario tiene en las élites del medio rural y cómo se modifican las políticas públicas y las acciones estatales en función de estas transformaciones. Copyright © Syllaba Press International Inc. 2011-2015. © All rights reserved.

Address correspondence to

Luis Ernesto Blacha
 CONICET/CEAR-UNQ
 Buenos Aires - Argentina
 Email address: luisblacha@gmail.com

Contemporary Sociological Global Review - CSGR
Volume 5 Number 5 (February 2015)

Article Received: November 2014.

Article Accepted: January 2015.

Article Published online: February 2015.

Introducción

La posesión y uso de la tierra es un recurso político-económico destacado en la Argentina que se vincula con el fundamento del orden social. También es símbolo de prestigio social -tal como reconoce el sociólogo José Luis De Imaz- que intenta orientar las políticas públicas para tratar de favorecer una frustrada colonización, como la que propone el titular de la cartera de Agricultura Miguel Ángel Cárcano, en la década de 1930. Las funciones estatales comienzan a incrementarse en los años '30 y aumentan su preponderancia en el entramado social con el peronismo, a través de un incremento de su capacidad de interpelar e interpretar a los ciudadanos que repercute en el sistema productivo. En estos procesos dinámicos, el Estado es caracterizado, tal como formula Joel Migdal, como una institución que compete con otros grupos y da forma al entramado de interacción que delimita las relaciones sociales y de poder.

Durante la década del 60 las políticas para el desarrollo en América Latina generan transformaciones al interior de los distintos países. En el caso argentino se promueven cambios en un clima de inestabilidad política, donde el peronismo es la gran interrogante (Astori 1984). Hacia 1970 se produce en el agro pampeano, el desdoblamiento del sujeto agrario donde los dueños de la tierra ya no resultan ser quienes poseen el conocimiento, la tecnología y el capital (Balsa 2006). Son transformaciones con importantes y complejas consecuencias, que delimitan las prácticas sociales vinculadas a la agricultura, esencialmente pampeana, e impactan en las políticas públicas, interpelando a estos actores y resignificando sus funciones. La propiedad de la tierra adquiere otro significado y la siembra directa, a partir de la década del '90, impulsará la expansión y consolidación de una Argentina sojera (Barsky y Gelman 2009). Son transformaciones vinculadas con la Modernidad y con la constitución del Estado argentino (desde 1880) pero que se potencian a finales del siglo XX y son determinantes para caracterizar las relaciones sociales del siglo XIX. Es una complejización del entramado social, tal como reconocen Pierre Bourdieu y Michel Foucault, en donde las políticas públicas delimitan las interacciones sociales pero también forman parte de los elementos culturales disponibles. Estas transformaciones son posibles mediante una estandarización/virtualización de los vínculos sociales que llevan al desanclaje/reanclaje sobre el que teoriza Anthony Giddens.

Desde un abordaje sociológico, que combina perspectivas clásicas y contemporáneas, la propuesta es interrogarse sobre el impacto que el desdoblamiento del sujeto social agrario tiene en las élites del medio rural y cómo se modifican las políticas públicas en función de estas transformaciones. Cómo las funciones estatales se preparan para interpretar e interpelar a estos nuevos actores. Un abordaje de mediano plazo que pretende dar cuenta de la reflexividad que el sociólogo inglés Anthony

Giddens identifica como característica de la modernidad y que estos grupos estudiados desarrollan, para mantenerse en su posición de prestigio dentro del entramado social argentino (Giddens 1997).

Elites, biopoder y gubernamentalidad

La preocupación por el orden social es un asunto fundacional de la sociología y permite establecer puntos de contacto entre esta disciplina y la ciencia política, resultando en un abordaje amplio de las ciencias sociales. Las primeras caracterizaciones sociológicas del fundamento del vínculo entre gobernantes y gobernados, merecen destacarse las teorías elitistas modernas. Estas perspectivas intentan desarrollar una conceptualización "realista" de la sociedad, a la que caracterizan conformada por dos clases: una minoría gobernante y una mayoría gobernada. Es un abordaje cuyo punto de partida puede identificarse en las teorías de Henri de Saint Simon (Aron 1996:175). El fundamento del orden social se vincula con la organización del grupo gobernante y es un punto de contacto entre los teóricos elitistas clásicos: Gaetano Mosca (1858-1941), Vilfredo Pareto (1848-1923) y Robert Michels (1876-1936). El desarrollo de las estructuras administrativas refuerza la importancia de la organización interna de la minoría, que es identificada como una élite.

En esta perspectiva, es Gaetano Mosca quien focaliza su análisis en el consenso que media el vínculo entre gobernantes y gobernados. A través del concepto "fórmula política" agrupa al conjunto de valores, creencias, sentimientos y hábitos comunes que resultan de la historia colectiva de un pueblo y se corresponde con "una genuina necesidad de la naturaleza social del hombre, (...) de gobernar y sentirse gobernado, no en base a la fuerza material e intelectual, sino a un principio moral" (Mosca 2002:133). Robert Michels sostiene -en tanto- que la oligarquía es parte de la naturaleza humana. En toda organización social surge inevitablemente una "ley de hierro de la oligarquía" (Michels 2008), donde la minoría gobernante se diferencia del resto de la sociedad y lucha con todos sus medios institucionales y sociales para conservar la posición gobernante. El rol del "experto" y sus "pericias" son interpretadas como un intento de autolegitimación que refuerzan la organización del grupo y distancian a gobernantes de gobernados. Una perspectiva que pareciera no dar cuenta de la complejización del entramado social.

Entre los referentes ineludibles de las teorías elitistas también debe incluirse al sociólogo norteamericano Charles Wright Mills (Wright Mills 1987), quien identifica a la socialización de las clases gobernantes como fundamento de su posición de privilegio en un contexto dinámico de interacción. Los ámbitos administrativos, las instituciones educativas y el tiempo de ocio consolidan y actualizan las interacciones de los miembros del grupo

gobernante que fundamentan y potencian las relaciones de poder. Estas características son identificadas en *“Los que mandan”* en la Argentina por José Luis De Imaz (De Imaz, 1964). En este estudio pionero a nivel latinoamericano, el sociólogo argentino reconoce que los miembros de la clase alta de Buenos Aires tienen importantes vinculaciones con el ámbito rural, en tanto son estancieros y hacendados. La socialización que vincula a los miembros de esta élite también permite la diversificación de actividades, incluyendo al derecho y la industria. A pesar de estas múltiples ocupaciones, *“el 56% de los encuestados tiene un interés más o menos directo en actividades agropecuarias, o percibe rentas provenientes de ese origen”* (De Imaz 1962:39). También da cuenta de la preponderancia del sector agropecuario en una economía exportadora de productos primarios.

Entre estos ámbitos de socialización hay que destacar la importancia de la Sociedad Rural Argentina (SRA), como la entidad más antigua y tradicional del agro argentino. Se funda el 10 de julio de 1866 en la casa de Benjamín Martínez de Hoz para representar los intereses de los estancieros bonaerenses en el contexto generado por la crisis económica de entonces (Newton 1966). Un ámbito de interacción social en donde confluyen dirigentes políticos destacados, miembros de los sectores financieros más importantes y, por supuesto, la elite terrateniente. En su estudio de la clase dirigente argentina, de Imaz destaca que el rol hegemónico de esta institución radica en la articulación de sus propios intereses porque *“el grupo que integraba la Sociedad Rural en los primeros años de la veintena, con una conciencia clara de sus propios intereses, estaba convencido de que los propios ganaderos debían impulsar la industrialización y comercialización de la producción”* (De Imaz 1964).

La Argentina ha dejado hace tiempo de ser el *“granero del mundo”* para convertirse en un país cercano al monocultivo de soja. La SRA adquiere importancia simbólica y efectiva en la construcción del poder pero los holdings sojeros transnacionalizados producen transformaciones en la estructura socio-productiva argentina desde mediados de la década del '90. Las nuevas entidades corporativas, como la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (AAPRESID) fundada en 1993, resignifican el rol de la SRA. Para dar cuenta del impacto social de estas transformaciones es de gran utilidad la sociología figuracional que permite un abordaje temporario-espacial amplio de *“lo social”* (Weiler 1998). Permite dar cuenta de la complejización del sistema productivo de productos agropecuarios y la resignificación que promueve la modernidad tardía.

Para el sociólogo alemán Norbert Elias, el fundamento del orden social se vincula con la internalización de las normas sociales y la consolidación de las estructuras administrativas que resultan en el Estado burocrático y racional moderno. Son transformaciones de escala occidental que se producen de forma paulatina, es decir, como

procesos en constante dinamismo. Estos cambios se observan a nivel colectivo -la *“sociogénesis”*- como a nivel individual -la *“psicogénesis”*- donde la mayor diferenciación de los roles sociales entre los individuos aumenta su interdependencia y resulta en un mayor desarrollo subjetivo (Heinich 1999). Ambos términos delimitan el *“proceso civilizatorio”* (Elias 1997), en donde el autocontrol, los monopolios fiscales y de la violencia legítima por parte del Estado, constituyen un *“marco de referencia”* ineludible para comprender la organización de las sociedades modernas. Estos conceptos permiten dar cuenta de las transformaciones en las interacciones sociales y las relaciones de poder que trae aparejado el desdoblamiento del sujeto agrario. También se vincula con los procesos de desanclaje y reanclaje sobre los que teoriza Anthony Giddens y que permiten la consolidación del mercado mundial. Cuanto mayor sea la extensión de estos procesos mayor será el dinamismo de los intercambios comerciales de escala planetaria.

El carácter interdependiente entre los individuos y el entramado social que destaca la sociología figuracional, también requiere de un sentido práctico que es socialmente constituido y delimitado. El abordaje sociológico de Pierre Bourdieu da cuenta del conocimiento que los actores tienen de su entorno de interacción y que permite establecer cierta predictibilidad en las interacciones sociales. De este modo se consolidan los habitus, como *“sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes”* (Bourdieu 2007:86). Las acciones individuales adquieren implicancias sociales, se amplía el ámbito de interacción y potencia el alcance de la propia acción, pudiendo adquirir implicancias globales. El carácter dinámico y actualizable de los habitus supone características *“naturalizables”* en el orden social que dan cuenta de la potencialidad del poder así como de la penetración subjetiva de las normas (Bourdieu, 2012). Las normas sociales adquieren tal aceptación subjetiva que se naturalizan prácticas hasta convertirlas en parámetros que los individuos utilizan para percibir la realidad social e interpelar a los distintos actores e instituciones. Los habitus, como esquemas y pautas compartidas de pensamiento, son las herramientas que utilizadas para transformar en sociales las acciones individuales y consolidar el orden social.

La internalización de las normas sociales como fundamento del orden, adquiere un nuevo significado con la perspectiva disciplinar del poder de Michel Foucault. El poder es *“el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras”* (Foucault 1999:112-3). Es un poder omnipresente, que se convierte en un biopoder que politiza los rasgos biológicos fundamentales del hombre (Foucault 2007:15). Sus consecuencias se expanden por la totalidad del entramado social y es *“un elemento indis-*

pensable en el desarrollo del capitalismo” (Foucault 1999: 170), al proveer el control de los cuerpos individuales en el aparato productivo de una sociedad, pero también del contexto de interacción, y hasta modifica el medioambiente. Es una perspectiva que pareciera trascender la propuesta de Norbert Elias en tanto el poder social produce marcas visibles en los cuerpos de los ciudadanos pero también en su contexto de interacción. La politización de los cuerpos subraya la interdependencia entre el biopoder y el surgimiento de la “población” como objeto de gubernamentalidad. Esta racionalidad propia del gobierno tiene como finalidad transformar a la población en sujeto de necesidades, en las cuales el Estado debe intervenir a través de prácticas e instrumentos. La población se convierte en “problema económico y político” (Traverso 2012), con sus propias variables, tales como la natalidad, la mortalidad, la fecundidad, la salud pública, la alimentación, la vivienda. Estas intervenciones también tienen consecuencias en los sistemas productivos más tradicionales, como los que aquí se estudian.

La socialización y organización de la élite gobernante como fundamento del orden social que destacaban los teóricos elitistas adquieren nuevas implicancias a la luz de los desarrollos de las perspectivas sociológicas contemporáneas. Tal es el caso de la influencia de las políticas públicas en la constitución del sujeto moderno, del entramado social y del medioambiente, que advierten sobre el carácter social del poder. En la perspectiva de Foucault, el Estado utiliza métodos directos e indirectos interpelar y acelerar la complejización del entramado social y desarrollar las certezas que permitan el surgimiento del sistema capitalista. El conjunto de estas prácticas es la gubernamentalidad que comprende las políticas de la salud de los siglos XVIII y XIX -con sus tasas de natalidad, mortalidad, epidemias, control del agua, cloacas, cementerios-, la calidad de la población durante el siglo XX -con su preocupación por la salud y “calidad” poblacional- y la política vital del siglo XXI que elimina patologías para proteger el destino de la Nación a través de la “capacidad, cada día mayor, de controlar, administrar, modificar, redefinir y modular las propias capacidades vitales de los seres humanos en cuanto criaturas vivas. Es, como sugiero, una política de “la vida en sí” (Rose 2012).

En esta perspectiva, la tecnología se convierte en un “ensamble de relaciones sociales y humanas en el cual los equipos y las técnicas son tan solo un elemento” (Rose 2012). Esta definición amplia de la tecnología da cuenta de un campo de aplicación vasto, con implicancias que recorren todo el entramado social e impactan de forma directa en el sentido productivo. Surge entonces una bioeconomía, como “un espacio que puede delimitarse, administrarse y comprenderse, es necesario conceptualizarla como un conjunto de procesos y relaciones susceptibles de conocimiento, que pueda conocerse y teorizarse, que puedan convertirse en campo u objetivo de programas cuya finalidad sea evaluar e incrementar el poder de las

naciones o las corporaciones actuando en el marco de esa economía y sobre ella” (Rose 2012).

Estas transformaciones, con impactos recientes y procesos de largo alcance temporal, dan cuenta del carácter potencial del poder y de la importancia que tienen las acciones desarrolladas por el grupo gobernante. Las implicancias sociales de la tecnología y el saber práctico de los actores convierten al poder en una “regulación de la contingencia” (Luhmann 2005:18). De esta forma supone el “control que ejerce un grupo sobre otros grupos y sus miembros” pero que delimita todo el entramado social y el medioambiente en cual se inserta (Van Dijk 2009:30). Este control se fundamentó en la resignificación de las interacciones sociales de escala local y su vinculación con procesos de escala global, como los que estudia Anthony Giddens (Giddens 2010).

El significado de los expertos se incrementa, aunque no es nuevo. Éstos jugaron un rol trascendental en “el surgimiento del nacionalismo en los territorios coloniales, no sólo porque el colonialismo aseguraba que los terratenientes, los grandes comerciantes, los empresarios industriales, e incluso una gran clase profesional, fuesen cosas un tanto raras entre los nativos” (Anderson 2011:165). Este conocimiento también fue fundamental para la consolidación de un territorio como ámbito soberano del Estado-Nación, en donde la autoridad estatal compite con otros actores (Migdal 2011:12). El conocimiento disponible en la estructura estatal amplía las áreas de intervención estatal, transformándose en un insumo que es -a la vez- producto de las interacciones sociales.

En 1996, Argentina fue uno de los primeros países del mundo en adoptar los cultivos transgénicos. Además, se encuentra entre los países que mayor número de hectáreas dedica a este tipo de agricultura con 23,9 millones y es pionero en materia de regulación en bioseguridad sobre la biotecnología agropecuaria (Pellegrini 2013:15). Las compañías transnacionales más importantes del mundo que producen semillas genéticamente modificadas tienen participación en el país, como es el caso de: Monsanto, Syngenta, Bayer CropScience, Pioneer, Nidera y Basf (Pellegrini 2013: 197). Es el componente indispensable para el desarrollo del agro negocio como un tipo de agricultura en grandes haciendas dedicadas al monocultivo, con “con poca mano de obra, uso intensivo de agrotóxicos y alta tecnología” (Pellegrini 2013:267). El proceso de desanclaje es posible a través del desarrollo e implementación de ciertas políticas públicas que permiten vínculos con el mercado mundial al tiempo que se amplía el alcance social del biopoder foucaultiano.

Monocultivo y desdoblamiento del sujeto agrario

Las transformaciones antes mencionadas suponen la mundialización de los sistemas productivos, aún de los más tradicionales como la agricultura. Necesitan de cierta estandarización que consolida una predictibilidad

suficiente para que las interacciones sociales trasciendan los vínculos cara a cara y adquieran escala global. Estas interconexiones también alteran los ámbitos más íntimos y privados de la vida cotidiana como resultado de la separación entre tiempo y espacio que caracteriza a la Modernidad. Es un proceso que el sociólogo inglés Anthony Giddens define como “*desanclaje*” que resulta en un ordenamiento reflexivo del vínculo tiempo-espacio en unidades estandarizadas y “*formación dentro de estandarizadas y “vacías” dimensiones, corta las conexiones que existen entre la actividad social y su “anclaje” en las particularidades de los contextos de presencia*” (Giddens 1997:31-2). El conocimiento experto es un insumo indispensable en estas transformaciones de escala mundial, al actuar como garantía del reanclaje de los vínculos sociales ampliados. Es parte del marco de certezas compartidas que fundamenta a la sociología figuracional de Elias.

Las elites gobernantes utilizan este conocimiento especializado para fundamentar sus posiciones de privilegio y guiar las políticas públicas en beneficio propio. En ámbitos desarrollistas como Latinoamérica en los años '60, la confianza general en el progreso se convierte en fundamento del orden social y permite transformaciones importantes del entramado social (Aroskind 2003:66) que, en el caso argentino también supusieron poner en cuestión el carácter compensador del Estado de Bienestar peronista (Luhmann 1989). Este carácter compensador no sólo tiene en cuenta los sectores más desprotegidos sino que los sectores propietarios también se han beneficiado, tal como sucede con las Juntas Reguladoras de la Producción primero y luego con el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI).

Los problemas estructurales del sistema productivo argentino desde, al menos, comienzos de la década de 1950 se vinculan con la coexistencia de un sistema agrario “*de bajo crecimiento, pero capaz de exportar competitivamente y obtener divisas, y el sector industrial, de alto crecimiento, pero claramente deficitario en materia de comercio exterior y “gastador” de divisas*” (Aroskind 2003:84). Las políticas industrialistas de la década de 1960 no consiguieron resolver la situación y, en parte, incrementaron el problema porque el crecimiento industrial subraya la imposibilidad de la productividad agropecuaria para aportar las divisas necesarias. La creación de organismos científicos estatales como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, 1958) y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA, 1956) no consiguen elevar la productividad agropecuaria pero dan cuenta de la preocupación estatal por el ámbito rural. La progresiva tecnologización del agro comienza en los años '60, mientras el Estado implementa retenciones a las exportaciones para sanear y fortalecer las finanzas públicas. Una situación que limita aún más la gubernamentalidad en un contexto donde el partido político mayoritario se encuentra excluido del ámbito electoral. La crisis del petróleo de fines de

1973 fue otro factor determinante del período que se conjugó con el desdoblamiento del sujeto agrario. Entonces, los dueños de la tierra se distinguían de aquellos que poseían la tecnología y parte del capital. En este contexto se afianza la figura del contratista mientras que “*la tecnología va más allá de la mecanización y se torna progresivamente imprescindible para el ámbito rural, hasta alcanzar a los desarrollos genéticos*” (Girbal- Blacha 2013:107).

La soja comienza a convertirse en el cultivo que adquiere predominio, desplazando al trigo y al maíz, así como a los cultivos intensivos agroindustriales. En este ámbito de transformaciones, la SRA como corporación rural recoge una destacada trayectoria y un importante alcance a nivel nacional que le permite posicionarse como interlocutor de las políticas públicas. La institución puede ser considerada como un símbolo y un ámbito de socialización característico de la clase alta argentina.

El avance del agronegocio, vinculado a “*políticas neoliberales aplicadas al sector agropecuario y al sistema agroalimentario en su conjunto*” (Teubal 2008), que incorporó al entramado social rural nuevos sujetos productivos y financieros desde inicios de la década de 1990, intenta cuestionar su rol hegemónico como agente de presión frente al Estado. Los nuevos actores tienen el conocimiento experto y la técnica específica para producir soja, resultando en amplias transformaciones socioproductivas que requieren menor participación del agricultor.

En el agronegocio -como nuevo modelo productivo- se destacan los capitales extra-agrarios “*bajo las modalidades de pools de siembra y Fondos de Inversión Directa (FDI). El primer momento de expansión a mediados de los años noventa, pero a partir del año 2002, la evolución favorable de los precios internacionales en el mercado agropecuario y la salida de la convertibilidad generaron excelentes condiciones de rentabilidad en el agro*” (Balsa y López Castro 2011:143). La incorporación de los cultivos transgénicos, en la segunda mitad del decenio de los 90, agudizan “*la tensión entre la dimensión económica y la simbólica de la agricultura, entre la modernización y la tradición, entre las identidades territoriales y la globalización de la producción agrícola*” (Pellegrini 2013:15).

La rápida adopción de la soja transgénica (1996), acompañada de un paquete tecnológico de herbicidas de amplio espectro y la siembra directa mecanizada con escasa labranza del suelo, resulta en un sistema agrícola cercano al monocultivo. Un antecedente fue la siembra directa como modo de cultivo, que permitió la incorporación de un gran número de tierras de menor productividad, que llevaron a la denominada expansión de la frontera agrícola. Esta tecnología supone “*una rápida disminución en los costos de producción de soja, lo que implicó un significativo aumento en los beneficios económicos de los productores que lo incorporaron*” (Pellegrini 2013:23).

Las políticas públicas tuvieron una importante injerencia en los primeros años de la biotecnología vegetal argentina, promoviendo su incorporación por parte de pequeños agricultores; pero a mediados de la década de 1990 esta situación se revirtió orientando las investigaciones con dineros públicos “en función de aquello que interesa a las empresas semilleras” (Pellegrini 2013:117). Tal como propone Joel Migdal, el Estado compite con otras instituciones y actores de poder para conformar y delimitar el sistema socioproductivo.

En el mercado argentino conviven las grandes firmas como Monsanto, Syngenta, DuPont, Bayer CropScience, BASF y Dow AgroSciences, con la nacional BIO-CERES. Esta empresa fue creada el 12 de diciembre de 2001, como una iniciativa de un grupo de productores agropecuarios nucleados en la Asociación Argentina de Productores en Siembra Directa (AAPRESID) para incrementar su competitividad. Son estrategias por parte de actores nuevos del agro mientras que las clases altas vinculadas a la SRA iniciaron su reconversión en los años sesenta y desde entonces “comenzaron a hacerse cargo de la agricultura en forma relativamente directa: con asalariados o, cada vez más, con contratistas de labores. Creció en importancia la figura del terrateniente-capitalista” (Balsa y López Castro 2011:144). El cambio ya estaba operándose en el agro, sobre todo en la zona pampeana (Barsky y Gelman 2009) y hacia la década de 1990 “se registró el reposicionamiento de los grandes productores terratenientes tradicionales. Las grandes explotaciones tradicionalmente ganaderas, reorientaron su actividad hacia la agricultura, adoptando estrategias empresariales modernas e incorporando tecnología a la producción y la administración” (Balsa y López Castro 2011: 144).

La novedosa combinación de ciencia, técnica, innovación y conocimiento que produce una sustancial transformación sustancial de la estructura productiva agraria argentina durante el siglo XXI, que estimula la virtual desaparición de un importante número de actores. Este modo de producción agrícola fomenta “la presencia de grandes grupos económicos multinacionales en la producción de los adelantos y el control de la actividad agro-industrial” (Dabat y Paz 2012:113). En los '90, la siembra directa¹ de soja adquiere una participación protagónica para un cultivo que en nuestro país data de la década del '60. Estas transformaciones incluyen la generalización de los cultivos transgénicos y la propia siembra directa que reconfiguran la red de actores, técnicos y productores vinculados a este negocio. Se trata de un proceso promovido, acompañado y representado por las nuevas asociaciones, con un rol destacado por parte del Estado cuyas “finanzas públicas y los resultados del comercio exterior argentino (se transformaron) en variables dependientes de su desempeño” (Dabat y Paz 2012:58). A su vez, las agrupaciones tradicionales como la SRA, no intervienen activamente en estas transformaciones o -por lo menos- no

las lideran.

La socialización que se desarrolla en la cúpula de la SRA fundamenta su posición preferencial en la Argentina, tal como sostiene José Luis De Imaz fundamentándose en los teóricos clásicos de las elites. En un contexto de crisis socioeconómica y de gubernamentalidad, los miembros de este grupo consiguen adaptarse mejor a los cambios del sistema productivo argentino. Además, sus vínculos con el mercado internacional le permite diferenciarse de los pequeños y medianos productores, que destinan la mayor parte de su producción al abastecimiento del mercado interno (Scheinkerman de Obschatko y Foti 2007; López Castro y Prividera 2011). La socialización forma parte del fundamento del orden social tal como propone Norbert Elias y Carl Wright Mills. La organización interna del grupo gobernante da cuenta de la asimetría característica de las relaciones de poder y sus implicancias sociales.

Los miembros de la SRA también se distinguen de los productores de siembra directa agrupados en AAPRESID, precisamente, por su participación en el imaginario colectivo como fundamento del orden social y por su capacidad de influir en la gubernamentalidad de las políticas públicas. El tiempo de permanencia de esta institución centenaria genera un vínculo entre su autoridad y su permanencia en el tiempo (Revault D'Allonnes 2008). Sus más de 140 años de existencia la convierten en la corporación rural con mayor capacidad para establecer una agenda de reclamos a través de su capital cultural y de un cúmulo de prácticas establecidas que les permite influir en el reanclaje de la resignificación espacial sobre la cual teoriza Giddens. Este rol privilegiado también lleva a que la SRA deba competir con otras instituciones, tal como destaca Joel Migdal en su caracterización del “Estado en la sociedad”, donde las relaciones sociales no sólo son moldeadas por las instituciones sino por el espacio en que interactúan (Migdal 2011).

Dichos procesos teorizados por Giddens permiten transformaciones a escala global y una resignificación “mundial” de los ámbitos locales. Son cambios que implican altos niveles de estandarización en los ámbitos más tradicionales e íntimos de la vida y la producción rural no es la excepción. Las transformaciones que hoy afectan al agro argentino pueden rastrearse desde, al menos, 1970, con el crecimiento de la superficie sembrada con soja y una cuadruplicación entre 1970 y 1985 del uso de plaguicidas. A su vez entre 1960 y 1984 también aumenta considerablemente la cantidad de tractores disponibles que pasa de 104.000 a 175.000 (Barsky y Gelman 2009:434).

La mundialización acelerada de los últimos años han supuesto para el caso argentino un importante avance de la agricultura que implicó el desplazamiento de 5 millones de hectáreas de ganadería, reduciendo el stock de 2.61 cabezas por habitante para 1977 a 1.60 en 1987 (Barsky y Gelman 2009:438). Los saberes prácticos tradicionales deben conjugarse con nuevos modos de produc-

ción y con la apropiación de los avances tecnológicos para transformarse en insumo que permite el reanclaje de los vínculos globales. Si bien la producción agropecuaria argentina siempre ha tenido un perfil exportador, las transformaciones de las últimas décadas han producido no sólo el desdoblamiento de los sujetos agrarios sino su resignificación. En este escenario incrementa su importancia la figura del contratista (Muzlera 2012), porque *“esta forma de división de la propiedad de los factores de la producción permitió la maximización de la utilización del capital invertido en maquinaria, favoreciendo menores costos del agro pampeano en comparación con otros países competidores”* (Barsky y Gelman 2009:435). Surge un alto grado de estandarización de los cultivos en una producción agrícola *“altamente especializada en cinco cultivos: soja, trigo, maíz, girasol y sorgo granífero”* (Barsky y Gelman 2009:438).

Estas modificaciones del entramado social vinculado al agro da cuenta de que el poder es una relación social, donde el vínculo entre gobernantes y gobernados se complejiza. Se amplía el contexto de acción de la SRA pero también se incrementa la importancia de las políticas públicas y los efectos de la gubernamentalidad. El Estado es interpretado como institución que satisface las demandas sociales a través de una estructura burocrática que consolida un *ethos* característico (Du Gay 2012) y compite con otras organizaciones, privadas, por llevar a cabo esta finalidad (Migdal 2011). La gubernamentalidad foucaultiana muestra el carácter potencial que puede mensurarse a través de los elementos culturales disponibles en la institución y en su interpelación y actualización de los procesos de psico y sociogénesis imperantes (Lukes 2007).

Los sectores vinculados al agronegocio intentan consolidar una imagen dinámica y pujante de la economía agroexportadora, *“articulado al sistema científico y buscando simpatías sociales”* (Página/12 2007). Son quienes lograron imponer un sistema en el cual *“las innovaciones avanzan en estrecha relación con la rentabilidad económica”* y demuestran que *“la tierra en tanto unidad productiva extensa pierde valor en sí misma, frente a la alta tecnificación rural, la siembra directa, (y) el uso de semillas transgénicas”* (Girbal-Blacha 2013). En su vinculación con la SRA estos grupos intentan promover una resignificación del vínculo espaciotemporal que Giddens identifica con el desanclaje/re-anclaje. El agronegocio, encarnado en empresarios como Gustavo Grobocopatel o en AAPRESID, también intenta ocupar un lugar destacado en las políticas públicas. De hecho sus prácticas productivas impactan en el medio ambiente y en la resignificación de los sujetos sociales, influyendo en la gubernamentalidad y en las políticas públicas.

A su vez, estos grupos asociados a la producción de soja proveyeron al Estado retenciones a las exportaciones por 36.530 millones de dólares entre 2006 y 2012 (La Nación:02/08/2012). Sus estructuras son reconocidas como

expertas de la ciencia y la técnica, en materia de biotecnológica pero tienen un impacto central en el entramado socioproductivo argentino. Su papel de actor novedoso lo inviste de un carácter dinámico, pero también limita su autoridad como grupo de presión; aunque no le impide promover transformaciones sociales de amplio alcance. Su carácter vanguardista no es monopolio en tanto que la tradicional dirigencia rural se autodefine, luego de los conflictos de 2008, como *“una vanguardia transformadora”* (Página/12:03/08/2008).

La aplicación intensiva de un nuevo paquete tecnológico en la producción rural, por parte de un grupo creciente de empresas, condicionó la reproducción estructural de los pequeños y medianos propietarios a fines del siglo XX. El proceso de concentración de la tierra generó una reducción en la cantidad de productores dedicados a las tareas agropecuarias. Se produce un incremento en los volúmenes de las cosechas -con la soja en primer lugar-, mientras aumenta la superficie sembrada, en detrimento de la producción ganadera.

Los nuevos productores/empresarios estimulan la expansión sojera, mientras que *“el productor dueño de la tierra depende directamente para la venta y comercialización de la soja”* (Girbal-Blacha 2013); también son estos nuevos sujetos *“quienes se adueñan de las ganancias -con precios internacionales altos- mientras se apropian del lenguaje de la sociedad del conocimiento”* (Girbal-Blacha 2013). En este proceso tuvo una gran incidencia la producción de cultivos transgénicos a través de la siembra directa, porque *“convirtió, en los años 90, a la amplia red de actores nacionales construida durante dos décadas en uno de los sistemas de producción e innovación más competitivos del mundo en ese rubro”* (Dabat y Paz 2012:55). Estos avances técnicos impactan en todos los sectores asociados a la producción agrícola; en tanto se advierte *“la reducción en el número de labores reflejado en un menor requerimiento de maquinaria agrícola y de mano de obra”* (Dabat y Paz 2012:95).

La siembra directa y la propiedad de la tierra se convierten en variables a tener en cuenta, distanciándose de la tradicional defensa de la tenencia territorial que enarbolan los arrendatarios y chacareros del siglo XX (Girbal-Blacha 1988). Las 50.000 hectáreas que en el 2001 explotaba la sociedad El Tejar, dirigida por Oscar Alvarado (figura vinculada con AAPRESID y AACREA), da cuenta de esta situación en tanto que *“las tierras nunca fueron parte de la sociedad, explotamos tierras ajenas. Podemos parecer una empresa virtual porque no tenemos activos fijos, ni siquiera un tractor”* (La Nación:28/04/2001). Un nuevo modo de producción que necesita de prácticas novedosas y nuevos hábitos, que precisan elementos culturales que les permitan insertarse en los procesos de psico y sociogénesis imperantes. La significación social de la producción no sólo se refleja en su capacidad de interpelar a los actores sino también de interpretarlos como parte de un entramado de relaciones

sociales de poder.

Los pequeños productores interpretan a estos nuevos empresarios como “exitosos” en base a la utilización de la siembra directa que llevan a cabo. Para Grobocopatel, figura central en AAPRESID, “somos competitivos por tecnología y porque además existe el contratista. El prestador de servicios que no es común en ningún lado del mundo, pero es común acá. Es una fuente de competitividad, una fuente de innovación mundial que hace que la Argentina sea competitiva” (La Nación:18/08/2001). Esta percepción sólo destaca las ventajas de la incorporación constante de tecnologías y técnicas, pero encubre un proceso histórico que afecta el trabajo rural y a sus actores. Es una resignificación donde se incrementan las asimetrías al tiempo que se da cuenta de la capacidad transformadora de la gubernamentalidad. El biopoder foucaultiano pareciera trascender la politización de los rasgos característicos del ser humano para estandarizar el medioambiente e incrementar su desempeño en el sistema productivo. Con las prácticas que promueven la disciplinación de los cuerpos se intenta transformar especies vegetales para incrementar su productividad y minimizar los recursos económicos necesarios.

También se intenta incrementar la competitividad a través de la terciarización de servicios. La implementación de la siembra directa multiplica el desarraigo de una buena parte de los pequeños y medianos productores, para incorporar estas tierras a modos de producción considerados “más eficientes”. Ciencia, tecnología, innovación y conocimiento experto son las claves del nuevo modelo productivo. En el año 2003 AAPRESID impulsa un polo biotecnológico en Rosario para el estudio de la genómica que permita lograr ventajas agronómicas^[2]. La nueva escala de producción necesita de la participación de un conjunto numeroso y heterogéneo de actores sociales, así como una mayor planificación y una calculabilidad tecnificada de los costos que también incluye aspectos anteriormente considerados como “naturales”.

Tal como destaca Pierre Bourdieu para el caso de las prácticas culturales como fundamento del orden social, la “naturalización” de ciertas prácticas productivas intenta ocultar la asimetría de las relaciones de poder. El discurso que promueve un incremento desmesurado de la producción rural no permite cuestionar la necesidad de estos beneficios económicos al tiempo que impide -en ocasiones- estudios acabados sobre el impacto que acarrea en el medio ambiente. La transformación de la naturaleza, “naturaliza” las diferencias entre grandes y pequeños propietarios agropecuarios. También da cuenta del carácter dinámico del mundo social, en el cual las relaciones de poder tienen un carácter indeterminado que siempre está latente, complejizando la caracterización del orden social y delimitando el sistema socioproductivo.

Reflexiones finales

Las transformaciones del agro argentino durante el siglo XX han tenido gran impacto en el entramado social y han incrementado las asimetrías existentes en las relaciones de poder. A principios de siglo importaba la extensión de tierra para iniciar la producción. La revolución verde de la década de 1960 transforma en imprescindible la maquinaria, los fertilizantes y herbicidas. La incorporación de las semillas transgénicas a mediados de la década de 1990 permite potenciar la producción, pero incrementa aún más el capital necesario.

La puesta en valor de los conocimientos técnicos pareciera no encontrar un correlato en las consecuencias sociales del modelo del agronegocio. Es un abordaje que invisibiliza ciertas modificaciones, mientras destaca el accionar de los productores “exitosos”. La perspectiva sociológica amplia que este trabajo desarrolla permite dar cuenta del impacto local de las acciones globales. La incorporación de la producción agropecuaria argentina al mercado mundial no es una novedad del siglo XX. La resignificación de gran parte de sus actores tradicionales desde la década de 1970 muestra la influencia de las relaciones de poder en los procesos de desanclaje-reanclaje.

El biopoder foucaultiano que caracteriza la incorporación de “cuerpos” al sistema capitalista se convierte en un insumo fundamental para la modificación del medioambiente. Al estudiar las transformaciones del agro pampeano desde esta perspectiva analítica, es posible dar cuenta del carácter social de la tecnología y conocer cómo se reflejan en las relaciones de poder imperantes. La celeridad de los nuevos conocimientos vinculados a la biotecnología dota de escala global a los vínculos locales.

Los niveles de productividad que las nuevas tecnologías permiten alcanzar parecieran resignificarse en el ocultamiento de las interacciones sociales precedentes y las prácticas que las sustentaban. La transformación de la agricultura en agro-negocio va más allá de implicancias técnicas; deben colocarse en primer término las transformaciones sociales para dar cuenta de los procesos que permiten establecer una continuidad entre pasado, presente y futuro. Las herramientas de la sociología figuracional de Norbert Elias da muestras del carácter dinámico de las interacciones sociales, donde siempre existe cierto grado de impredecibilidad. En este sentido, la naturalización del agronegocio fundamentado en su productividad pareciera no poder explicar los conocimientos prácticos y las identidades sociales que están obligadas a resignificarse o desaparecer.

La transformación de la agricultura en agronegocio también refleja el carácter asimétrico del poder y el alcance de la gubernamentalidad. Las elites como grupos que fundan su posición de privilegio a través de su organización de grupo que debe ahora actualizar. La actualización de prácticas sociales sobre las que teoriza Pierre Bourdieu demuestran el carácter complejo de las rela-

ciones de poder y las múltiples propuestas desplegadas en el grupo gobernante. Los vínculos y tensiones que se producen entre la centenaria SRA y la pujante AAPRESID, dan cuenta de esta situación. No es un cambio de una minoría gobernante por otra, como sostendrían teóricos clásicos como Mosca y Pareto, sino parte del carácter dinámico de las relaciones de poder sobre las que advierte la sociología contemporánea de Foucault, Bourdieu y Giddens.

Las innovaciones del agronegocio puede ser interpretadas como tecnologías en vínculo estrecho con la rentabilidad económica, pero que desestiman las consecuencias sociales. La escasa necesidad de mano de obra y la alta concentración de las tecnologías que incrementan la productividad, reflejan la creciente asimetría en las relaciones de poder de esta agricultura sin agricultores. Los procesos globales en los que se inserta el agronegocio no proponen una resignificación de la población rural sino su exclusión. El Estado, desde la perspectiva dinámica que desarrolla Joel Migdal, debe disputar su capacidad de interpretar e interpelar a la población con otras agrupaciones sociales, tal como es el caso de estos grupos transnacionales con alta concentración de capital.

La prácticas de gubernamentalidad adquieren mayores implicancias que en el pasado, no sólo por el avance de las nuevas biotecnologías sino porque su silencios afectan de manera más radical a un mayor número de actores rurales. La consolidación de un “*ethos*” burocrático -que Paul du Gay identifica en la obra de Max Weber- se convierte en un insumo indispensable para un sistema de gobierno realmente democrático. Así como Foucault reconoce la influencia del Estado en la constitución del sujeto moderno, los avances tecnológicos de la actualidad colocan al aparato estatal en un rol tutelar de estas transformaciones; en especial, en sus aspectos sociales y medioambientales. El re-anclaje de las experiencias globales y la penetración del capital transnacional deben encontrar a un Estado capaz de ocupar el rol de interlocutor y establecer prácticas gubernamentales que promuevan el desarrollo de un sistema democrático para todos sus ciudadanos y que no responda sólo a las lógicas del mercado.

Notas

[1] Se entiende por Siembra Directa un sistema de producción agrícola que requiere el uso intensivo de tecnología y conocimiento, en el cual la semilla es depositada directamente en un suelo no labrado donde se han mantenido los residuos del cultivo anterior en superficie.

[2] Se trata de la firma BIOCERES.

Referencias

- Anderson, Benedict. (2011). Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México, FCE.
- Aron, Raymond (1996). Las etapas del pensamiento sociológico. Buenos Aires, Ediciones Fausto, t II.
- Aroskind, Ricardo (2003). “El país del desarrollo posible” en JAMES, Daniel (director del tomo) Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976). Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Astori, Danilo (1984). Controversias sobre el agro latinoamericano. Un análisis crítico. Buenos Aires, CLACSO-CIEDUR.
- Balsa, Javier (2006). El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales de la agricultura bonaerense, 1937-1988. Bernal, Editorial UNQ.
- Balsa, Javier y López Castro, Natalia (2011). “Transformaciones socio-productivas, actores sociales y modelos de desarrollo rural en disputa. Reflexiones en torno al conflicto agrario reciente en la Región Pampeana”, en MUZLERA, José; POGGI, Marina y Carreras Doallo, Ximena -compiladores- Aportes, sujetos y miradas del conflicto agrario argentino (1910-2010). Buenos Aires, CIC-CUS.
- Barsky, Osvaldo y Gelman, Jorge (2009). Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta comienzos del siglo XXI. Buenos Aires, Sudamericana.
- Bourdieu, Pierre (2007). El sentido práctico. Buenos Aires, Siglo XXI Argentina.
- Bourdieu, Pierre (2012). La distinción. Criterio y bases del gusto. Buenos Aires, Taurus.
- Dabat, Germán y Paz, -compiladores- (2012). Paradoja de la soja argentina: modernización hacia el monocultivo. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- De Imaz, José Luis (1962). La clase alta de Buenos Aires. Buenos Aires, EUDEBA.
- De Imaz, José Luis (1964). Los que mandan. Buenos Aires, Eudeba.
- Du Gay, Paul (2012). En elogio de la burocracia. Weber, Organización, Ética. Madrid, Siglo XXI España.
- Elias, Norbert (1997). El proceso de la civilización. Investigaciones socio-genéticas y psicogenéticas. Colombia, FCE.
- Foucault, Michel (1999). Historia de la sexualidad. 1- la voluntad de saber. México, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2007). Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France: 1977-1978. Buenos Aires, Siglo XXI, Primera Edición, Segunda Reimpresión.
- Giddens, Anthony (1997). Consecuencias de la modernidad. Madrid, Alianza Universidad, 2da reimpresión.
- Giddens, Anthony (2010). La política del cambio climático. Madrid, Alianza.
- Girbal-Blacha (1988). Noemí María. Estado, chacareros y terratenientes (1916-1930). Buenos Aires, CEAL.
- Girbal-Blacha, Noemí M (2013). “El poder de la tierra en la Argentina. De la cultura agrícola al agronegocio.” en Estudios Rurales N° 4, primer semestre.
- Heinich, Natalie. Norbert Elias (1999). Historia y cultura en Occidente. Buenos Aires, Nueva Visión.
- López Castro, Natalia y Prividera Guido (2011). Repensar la agricultura familiar. Aportes para desentrañar la complejidad agraria pampeana. Buenos Aires, CICCUS.
- Lukes, Steve (2007). El poder. Un enfoque radical. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2da edición en castellano.
- Luhmann, Niklas (1989). Teoría Política en el Estado de Bienestar. Madrid, Alianza Editorial.
- Luhmann, Niklas. Poder (2005). España, Anthropos Editorial.
- Michels, Robert (2005). Los partidos políticos I. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna. Buenos Aires, Amorrortu.
- Migdal, Joel S (2011). Estados débiles. Estados fuertes. México, FCE.
- Mosca, Gaetano (2002). La clase política. México, FCE.
- Muzlera, José (2012). “¿Saber es poder? La influencia de la escasez de mano de obra calificada en las estrategias de capitalización de los contratistas de cosecha de la región pampeana”, en Revista interdisciplinaria de estudios agrarios. Buenos Aires.
- Muzlera, José (2012). “Reproducción y Cambio Social entre los Chacareros Pampeanos Estrategias de adaptación y Recambios Generacionales (1991-2012)”, en Estudios Rurales, CEAR, 2012, Vol. 1.

Newton, Jorge (1966). Historia de la Sociedad Rural Argentina. Buenos Aires, Goncourt.

Pellegrini, Pablo Ariel (2013). Transgénicos. Ciencia agricultura y controversias en la Argentina. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

Revault D' Allonnes, Myriam (2008). El poder de los comienzos. Ensayo sobre la autoridad. Buenos Aires, Amorrortu.

Rose, Nicolás (2012). Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI. La Plata, UNIPE.

Scheinkerman de Obschatko, Edith; Foti, María y Román, Marcela (2007). Los pequeños productores en la República Argentina. Buenos Aires, Serie Estudios e Investigaciones 10.

Teubal, Miguel (2008). "Soja y agronegocios en la Argentina: la crisis del modelo", en Revista Lavboratorion Line, Inst. Inv. "Gino Germani". Buenos Aires, Fac. Cs. Sociales, UBA, vol. X.

Traverso, Enzo (2012). La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX. Buenos Aires, FCE.

Van Dijk, Teun A (2009). Discurso y poder. Contribuciones a los Estudios Críticos del Discurso. México, Gedisa.

Weiler, Vera -compiladora- (1988). Figuraciones en proceso. Colombia, Utopía Ediciones.

Wright Mills, Carl (1987). La élite del poder. México, FCE.

About the Author

Luis Ernesto Blacha, XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
XX
XX.

UNCORRECTED PROOF